

LA PECADORA Y EL FARISEO

(LC 7,36-50)

“Mujer, tu fe te ha salvado; vete en paz”



Estimados amigos de la Biblia.

Antes de iniciar nuestro comentario os invito a observar el cuadro. En él aparecen Jesús y el fariseo sentados en divanes sin respaldo y lo suficientemente largos como para inclinarse en ellos hacia adelante y comer de la mesa situada entre ambos.

El origen y uso de estos asientos se remonta a la antigüedad: griegos, etruscos y romanos los utilizaban y la costumbre había sido adoptada por los judíos más pudientes, como es el caso del fariseo que invita a Jesús a comer en su casa.

Importa conocer esto porque de otro modo no se entiende el modo como se situó la mujer ante Jesús y los gestos que realiza:

Se puso detrás de él a sus pies y, llorando, comenzó a regarlos con sus lágrimas y a enjugarlos con los cabellos de su cabeza, los besaba y unguía con el perfume.

JESÚS INVITADO A COMER

Así como nosotros invitamos a comer a familiares o personas afines, los judíos solían invitar a gente del mismo rango o posición social del anfitrión, lo que indica que el fariseo consideraba a Jesús como alguien de su nivel. Nunca este hombre, persona importante y cumplidora de la ley, invitaría a un pobre o a una “mujer pecadora”, por ejemplo. Eso nos da una idea de la sorpresa y hasta escándalo que supuso para él y sus invitados la entrada de esta mujer en la sala. Su presencia creaba una situación muy incómoda y desagradable, pero que resultó ser muy apropiada para revelar el fondo del corazón del fariseo, de la mujer y de Jesús. Veámoslo.

LA MUJER PECADORA

Esta mujer no es de la posición social del fariseo, sino una pecadora (posiblemente prostituta) que hace impuro a quien la toca y a quien ella toca, como hace con Jesús. Al entrar, se sitúa en un ambiente que ni es el suyo ni le corresponde: “¿Qué hace esta mujer aquí? ¿Qué desvergonzada! Que la echen inmediatamente”, debieron de ser algunas de las reacciones de los presentes.

Ella, por su parte, debía tener motivos muy serios y mucho coraje para entrar en un lugar donde atraería hacia sí las miradas y los comentarios más hostiles y despreciativos de los presentes. A pesar de ello, al enterarse de que Jesús estaba en la casa, se presentó allí sin importarle las miradas, los juicios, las condenas ni el riesgo, muy real, de que la echasen a patadas.

Nosotros solemos tener una idea muy negativa de este tipo de mujeres por la actividad que realizan, pero a juzgar por su actitud esta mujer es de una categoría muy notable, pues para llegar hasta Jesús tuvo que pasar por encima del “qué dirán”, del desprecio y del rechazo. ¿Cómo llegó a tomar la decisión de ir hasta Jesús? ¿Qué le impulsó a ello? ¿Qué vivencias están por detrás de su determinación y modo de actuar? Podemos intuir varias:

1º. ABUSADA: como prostituta ha pasado por las manos de muchos que la han utilizado como objeto de placer y puede que

también maltratado; en la calle la gente pasa de ella, la miran con desprecio y, si la desean, es solo por interés sexual. Su dignidad está por los suelos, y ella lo sabe. El postrarse a los pies de Jesús y por detrás refleja que se considera indigna hasta de ser mirada por él.

2º. DEGRADADA: esta forma de vida denigra a la persona al punto de impedirle ver que haya algo mejor para ella o que otro tipo de vida le sea posible. Consciente de ser un objeto usado y abusado, corre el riesgo de caer en la desesperanza, la angustia, la depresión y el sinsentido, lo que le hace sufrir; y el sufrimiento, cuando es permanente o muy intenso pesa, desgasta, oprime, se hace insostenible y puede llevar hasta al suicidio.

3º GRANDE: sin embargo, considerando su decisión de ir a Jesús en la casa del fariseo y los gestos que realiza: postrarse a sus pies, regarlos con abundantes lágrimas, secarlos con sus cabellos, besarlos e ungirlos con perfume, esta mujer no es así. Objeto de miradas lascivas y deseo carnal, conserva su dignidad y confía en que Jesús le puede salvar: "Tu fe te ha salvado", le dirá él al final. Rechazada por la sociedad y hasta por la religión, es capaz de enfrentar el rechazo para ir hasta Jesús.

Lo que acabamos de decir no es cualquier cosa porque, si bien la vida que ha tenido suele llevar a la falta de auto-estima, a anularse y a desconfiar de todos, a ella le ha llevado a todo lo contrario: **A BUSCAR A JESÚS Y A CONFIAR EN ÉL.**

¿Qué sucedió en su vida? ¿Será que tuvo una buena familia que dejó por un amor adolescente que luego le abandonó, empujándole a la prostitución? ¿Será que hubo un hombre que la buscó por un momento de placer, pero que luego la amó y la cuidó? ¿Será que se encontró con un texto bíblico que hablaba del amor y la misericordia de Dios? ¿Será que oyó hablar de cómo Jesús trataba a las personas? ¿Le habría visto antes? No lo sabemos, pero Dios es experto en hacerse presente en nuestras vidas y ponernos mediaciones que, a modo de flechas en el Camino de Santiago, nos orientan aun en medio de intrincados caminos.

Sea lo que sea, esta mujer ha buscado a Jesús y tiene para con él una serie de gestos que expresan vergüenza, dolor y arrepentimiento, pero que contienen una profunda carga afectiva: **SON GESTOS DE AMOR** surgidos de su interior más profundo.

EL FARISEO

¿Qué buscaba el fariseo al invitar a Jesús? ¿Cuál era su intención última? Invitar es, en principio, un signo de consideración y aprecio, pero por su actitud y por lo que caracterizaba a los fariseos (la observación escrupulosa y externa de la ley y considerarse superiores a los demás) lo podemos intuir: ver si Jesús era o no un profeta, un enviado de Dios, como se decía. Hasta que la inoportuna presencia de la mujer en su casa hizo salir a la luz lo que se ocultaba en el fondo de su corazón, predispuesto al juicio condenatorio y al rechazo.

Esta mujer, prostituida más que prostituta, se muestra capaz de amar. Y ¡de qué modo! Jesús lo percibe y lo valora por encima de “sus muchos pecados”, pero el fariseo no. Él solo ve lo exterior: que es una pecadora digna de desprecio y rechazada tanto a nivel social como religioso por no vivir conforme a sus criterios éticos y religiosos. Su JUICIO ES DE CONDENACIÓN, una actitud muy común entre creyentes cumplidores, también cristianos, en vez de ser JUICIO DE MISERICORDIA, el propio de Dios, tantas veces presente en la Biblia y ahora manifestado en la actitud de Jesús para con ella.

Pero el fariseo no solo juzga y etiqueta a la mujer, sino también a Jesús: “Si este hombre fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que lo toca. ¡Una pecadora!”, luego no es profeta. Mientras que del corazón de la mujer sale HUMILDAD Y AMOR, el suyo rezuma SOBERBIA, JUICIO Y CONDENA.

JESÚS

Así como con la mujer, Jesús se da cuenta de lo que anida en el corazón del fariseo, pues Dios es experto en conocer los corazones, pero ni le juzga ni le condena, como hace él, sino que inicia una acción pedagógica en su favor para que se convierta de su actitud prepotente. Y lo hace con un ejemplo muy sencillo de responder:

Un prestamista tenía dos deudores; uno le debía diez veces más que el otro. Como no podían pagarle, se lo perdonó a los dos. ¿Quién de ellos le amará más?

La respuesta es evidente: “Supongo que aquél a quien perdonó más” afirma, y Jesús se lo confirma. Sin darse cuenta, el fariseo se ha definido a sí mismo y a la mujer y ha apuntado la gran

diferencia existente entre ambos: en CLAVE DE COMPORTAMIENTO la mujer es más pecadora que él, pero en CLAVE DE AMOR, esta le supera con creces.

Nosotros juzgamos a las personas como el fariseo: por su modo de actuar, mientras que Jesús mira cómo aman, sin juzgarlas ni clasificarlas. Y en esto la mujer le da mil vueltas al fariseo. Jesús se lo hace ver nombrando los gestos de esta que él no ha tenido:

- LE HA LAVADO LOS PIES: Yo entré en tu casa y no me diste agua para los pies; ella, en cambio, ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos.
- LE HA BESADO: Tú no me diste el beso, pero ella no ha cesado de besar mis pies.
- LE HA UNGIDO: Tú no me pusiste unguento en la cabeza y esta ha ungido mis pies con perfume.

Dicho de otro modo: “tú has sido cortés al invitarme a comer contigo, pero ella me ha manifestado mucho amor”.

¿Qué indica este amor? De nuevo Jesús va más allá de lo que se ve para sacar a la luz lo que, aunque no se vea, es lo más importante: QUE DIOS HA PERDONADO TANTO AL FARISEO COMO A LA MUJER, pero con una diferencia: que al ser la deuda de esta mucho mayor que la de aquel, y no teniendo cómo pagarla ni uno ni otro, el perdón de Dios ha despertado en el corazón de la mujer un amor mucho mayor que en el del fariseo pues “a quien mucho se le perdona mucho ama”, mientras que “al que se le perdona poco ama”. Esto es lo que ha sucedido. ¿Cómo lo sabe Jesús? Por los frutos, es decir, por el amor que manifiesta la mujer. Lo dice claramente:

Por lo cual te digo que si ama mucho es porque se le han perdonado sus pecados.

Aquí está lo determinante: el perdón de Dios de sus muchos pecados y el amor mayor que este perdón ha suscitado en ella. Esto es lo esencial a la hora de considerar a una persona: NO SUS PECADOS, SINO EL AMOR QUE DESPIERTA EL AMOR DE DIOS. Sorpresa enorme para quienes juzgamos a los demás desde nosotros mismos. Sorpresa también al descubrir que los criterios de Dios no son los nuestros:

Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis vuestros caminos son mis caminos... Como se alza el

cielo por encima de la tierra, así se elevan mis caminos sobre vuestros caminos y mis pensamientos sobre vuestros pensamientos (Is 55,8-9).

Que los gestos de la mujer para con Jesús son de amor está claro, pero ¿cuándo ha sido perdonada de sus pecados? Para el fariseo es una mujer pecadora, pero para Jesús es una mujer perdonada. ¿Cuándo le ha perdonado Dios? Al momento mismo de su pecado, sin necesidad de que se lo pida, gratuita e incondicionalmente. Y no solo a la mujer, que es muy consciente de su condición de pecadora, sino también al fariseo, que no lo es de su pecado de soberbia por el que se considera superior y con derecho a juzgarla, condenarla y rechazarla. Lo expresa muy bien el ejemplo del prestamista y los dos deudores:

Como no podían pagarle, les perdonó a los dos.

Como hemos dicho, la vida de esta mujer, tan desgraciada y sufriente, en vez de condenarle a la angustia, la desesperación y la muerte le han llevado a buscar y abrirse a Dios, ya antes de ir hasta Jesús. Las continuas humillaciones y abusos sufridos le han hecho consciente de su condición de pecadora y por eso mismo humilde y dispuesta a confiarse a él, aunque indigna de recibir su mirada. Es lo que expresa su postura “detrás de él a sus pies”. Dicho de otro modo: ha sido a través de todo lo que ha padecido que Dios le ha ido conduciendo y le ha enseñado la confianza en Jesús que le lleva a poner su vida en sus manos: “TU FE TE HA SALVADO”, le dirá Jesús.

Ha sido esta fe la que le ha impulsado a ir a Jesús, en quien intuye que hay algo de Dios y a esperar ser salvada. Al encontrarlo, se ha humillado ante él y le ha manifestado su amor con los mismos recursos con los que atraía a sus clientes: sus hermosos cabellos, sus besos y su perfume. Aptos para su oficio de prostituta lo son ahora para amar y manifestar su fe en Jesús. La experiencia del amor de Dios y de su perdón han despertado lo mejor de ella misma: su capacidad de amar.

La frase de Jesús: “Tus pecados te son perdonados”, ratifica lo que ya ha sucedido de modo que todos: la mujer, el fariseo y los invitados pueden ver lo que Dios ha hecho en su favor.

“¿QUIÉN ES ESTE”

La escena ha impactado a los invitados, que pasan de la sorpresa y el rechazo inicial hacia la mujer a intuir que en Jesús hay algo que les lleva más allá del juicio y la condena y les hace abrirse a su persona: “¿QUIÉN ES ESTE QUE HASTA PERDONA PECADOS?”, se preguntan. Con su actitud para con la mujer y el fariseo y su perdonar pecados, algo propio solo de Dios, Jesús introduce una cuña en el corazón de aquellas personas, que se preguntan: “¿Quién es este que actúa al modo de Dios? ¿Es un enviado, un profeta? ¿Será el Mesías esperado?”

El texto concluye con la única frase que Jesús dirige a la mujer: “TU FE TE HA SALVADO, VETE EN PAZ”. Su intrincada, sufrida y convulsa existencia no solo no le ha destruido sino que le han conducido, guiada por el Espíritu Santo, a buscar a Dios y confiar en Él, a buscar a Jesús y postrarse ante él, a amarlo y a acoger su perdón. Lo que la define, insisto, NO ES SU PECADO SINO SU FE Y EL AMOR QUE HA SUSCITADO EN ELLA EL PERDÓN DE DIOS.

CONCLUSIÓN

Hasta aquí nuestro comentario de hoy. Como en el episodio del “Endemoniado de Gerasa” (Mt 4,1-20) los personajes a quienes nosotros tendemos a calificar como pecadores son los más abiertos a Dios, mientras que quienes consideramos buenos y justos se cierran a Él: allí fue la gente del pueblo, aquí es el fariseo. Pero a ninguno desprecia Jesús, sino que con todos hace pedagogía, de modo que el Reino de Dios va penetrando en ellos a modo de cuña salvadora: allí “todos se admiraban” al escuchar al ex-endemoniado y aquí son los invitados quienes se preguntan: “¿quién es este...?”

¡Qué diferente es el modo de ver de Dios del nuestro! Y ¡cómo nos cuida Jesús!, pues todos somos sus hijos.

*¡Qué inmensos son los horizontes a los que nos abre la Biblia!
¡Hay tanto por descubrir en ella!*

Hasta nuestro próximo comentario bíblico.

Carlos Rey - SDB